ÁNFORA

DR. AURELIO CARVALLO V.

La Araucanía, parte de nuestro territorio, hermosa, brillante de colores y vibrante de sonidos, es aún un territorio sangrante, con heridas que aún no sanan, y, como señala Neruda, "eres también patria plateada y hueles mal, a rencor, a borrasca, a escalofrío…". Muchos médicos, y entre ellos reumatólogos, han hecho parte de su vida en esas tierras y varios de ellos, más allá de las grandes ciudades, han ejercido como médicos rurales en que vocación y sacrificio se juntan para ejercer en rincones y lugares apartados de nuestro país. Tal vez son ellos quienes, parodiando nuevamente a Neruda, "huelen" mejor ese sentido social que debe tener nuestra Medicina. Como señala el Dr. Jaime Carvajal en su hermoso libro *La obstinada presencia*, "El poder ejercer la profesión en un medio que exige temple, valor, pragmatismo, plasticidad y creatividad en la solución de problemas se transforma en un ideal y un deseo recurrente durante la carrera, guiando inconscientemente la formación".

El Dr. Hugo Zurita S., destacado médico reumatólogo, que también conoció y vivió en la Araucanía en su post beca de Medicina, humanista, de gran sensibilidad artística, fallecido hace tres años, realmente cuando menos lo esperábamos; se fue en forma silenciosa, tal vez reflejando lo que era su personalidad, que no necesitaba mayor ruido para marcar su presencia. De su libro *Plumaje Ajeno y otros Cuentos*, publicado en 2006 y que recibiera muy buena crítica de radio Beethoven y del diario *El Mercurio*, hemos extraído uno de sus cuentos, llamado "El Sueño Blanco", el que precisamente se desarrolla en la Región de La Araucanía y en el que la presencia de un médico rural y su realidad se funden y vinculan con el ancestro del indígena, que hace tres siglos y en la espesura de los bosques lucha contra quien ha invadido sus tierras.

ÁNFORA

El Sueño Blanco

HUGO ZURITA S.

– Se va a morir porque no tiene defensas –dice el doctor Molina mientras sutura el vientre del muchachito aún dormido–. A veces me cansa este trabajo. Tanto esfuerzo inútil para ayudar a estos niños. Lo que pasa es que la madera de que están hechos no tiene la dureza necesaria –agrega, sin esperar respuesta de su ayudante.

Los hombres vestidos de verde abandonan el quirófano en silencio. El cirujano retira la mascarilla de su rostro y seca el sudor de su frente con el dorso del antebrazo, cerrando sus ojos durante algunos segundos, lo que le produce un enorme alivio de esa sensación de pesantez que siente en el fondo de ellos. Después se dirige a su oficina, decidido a no saber más del mundo por esa tarde.

Oculto en la torre del fuerte, el joven vigía se estremece con cada ruido que le llega desde la espesura cercana, mientras la tarde naufraga con rapidez en la larga noche del Sur. A medida que oscurece pareciera que el bosque se aproxima más aún al foso que rodea la fortaleza. Desde el monte llega un murmullo creciente de voces y se oye el ruido de ramas que se quiebran, tal vez al paso de hombres o animales. El guardia vacila antes de dar la alarma.

"Todos estamos agotados después de perseguir el día entero a los indios. Los hombres tienen que dormir, porque los salvajes seguramente nos atacarán esta noche", piensa, y duda si despertar o no a sus camaradas.

Sentado sobre un tronco bajo los árboles, el cacique Cuniqueo apenas controla sus deseos de lanzarse al ataque. Pero la noche no es aún tan oscura como él la necesita. El hambre le acuchilla las entrañas, igual que a sus hombres. Todo el día huyendo de los soldados, sin nada que llevarse a la boca. Él sabe que ahí, tras esos muros de troncos que aún huelen a floresta, hay comida y también ese líquido blanco que los huincas trajeron consigo, junto a tantas otras cosas desconocidas. Cuando era esclavo lo había bebido y le pareció que era lo mejor de esos seres extraños que un día invadieron sus tierras.

El taconeo de las damas resuena en el largo pasillo del hospital y altera la calma que allí se va instalando mientras cae la tarde. A su paso, la comitiva inunda de colores y de finos perfumes el lúgubre corredor por el que las elegantes señoras avanzan hacia la oficina del médico. Sin golpear, la que hace de cabeza del grupo abre la puerta y dice desaprensivamente:

– Hola, doc.

Sorprendido, el médico se incorpora del sillón donde descansa. Pero el grupo ya está dentro de su espacio, ya violentó su territorio de reposo y no hay nada que hacer. Resignado, les ofrece asiento con un gesto silencioso.

Desde el fondo oscuro más allá del fuerte emergen de pronto miles de gritos de guerra. Uno tras otro, los cuerpos se van desgajando de la oscuridad, como si el bosque los fuera pariendo, y se arrojan al ataque con todas las armas que tienen a la mano. Una flecha silba en el aire y roza apenas la frente del joven guardia, dejando en ella un tenue rastro rojo, para clavarse finalmente en los troncos de canelo recién cortados.

– ¡Alarma! ¡Los indios nos atacan! –grita el muchacho con toda la fuerza de sus pulmones, mientras hace tañer la campana de alarma y se protege de las flechas en la torrecilla.

– ¿Qué las trae por acá? –dice el doctor, molesto por la forma en que las señoras se habían hecho presentes–. Nadie me avisó que ustedes venían –agregó con severidad.

No era la primera vez que las damas de la sociedad pueblerina llegaban así al hospital. Todos los años antes de Pascua acudían con las mismas propuestas sobre los niños pobres. Al parecer, ahora no sería diferente.

El aire de la noche se llena del ulular de los atacantes. Los indios bajan corriendo hasta el lecho del foso de defensa, y aprovechando el desconcierto, logran

ascender por la ladera hasta pegar sus cuerpos al muro de laureles y canelos recién cortados, aún olorosos, listos para escalarlo. Los soldados del Rey, soñolientos aún, corren asustados a ocupar sus posiciones.

– ¡Mátenlos a todos! –ordena el capitán.

– ¡A muerte! –grita el cacique Cuniqueo, mostrando el enemigo a sus hombres con un puñal en la mano.

– Falta un mes para la Pascua. Queremos bordar y hacer ropa para los niños pobres que atiende el hospital. –La señora Barrientos asume, como siempre, el rol de líder.

– Sí, pobrecitos. Deseamos alegrarles la Navidad. –La voz chillona de la señora Fernández hiere los oídos, a pesar de sus nobles intenciones.

Cada una aporta sus argumentos, los que el doctor Molina conoce ya de memoria. Todos los años el mismo ritual. Él las escucha con paciencia..., pero hace tan poco que salió del pabellón, piensa en el niño moribundo y no puede evitar algo caliente que le sube desde el estómago.

– Señoras, yo aprecio sus propósitos. Pero ¿saben ustedes lo que estos niños de verdad necesitan?. Un vaso de leche diario, un gran vaso de leche todos los días. Y en sus propiedades se producen miles de litros cada día.

Cuniqueo había logrado reunir muchos hombres esta vez. La masa de combatientes semidesnudos irrumpe en el fuerte, desbordando toda resistencia. Los guerreros saben que lo único que no deben destruir es la comida que encuentren a su paso, especialmente ese líquido blanco que tan pocas veces han probado. Cuniqueo y su pelotón de mocetones se abren paso hasta el centro del fuerte, donde se encuentran con el capitán y dos soldados, los que caen tras una corta lucha cuerpo a cuerpo. Sobre una mesa encuentran una vasija de greda llena del ansiado líquido blanco, pero al precipitarse, el tiesto resbala de sus manos y se rompe en el suelo, dejando escurrir su blancura hacia las entrañas de la tierra rojiza.

Las damas del pueblo no pueden creer lo que escuchan. El director del hospital rechaza su ofrecimiento y les sugiere que les den leche a los hijos de sus inquilinos. Esos indios flojos y ladrones, piensan.

– Es un comunista –concluyen. Después, como si se hubiesen puesto de acuerdo previamente, se levantan de sus asientos y emprenden la retirada. El doctor Molina no supo en ese momento que aquélla era sólo una retirada estratégica.

– Esto lo decidirá nuestro comité –dice la jefa–. Ya escuchará de nosotras otra vez –agrega, mientras agita su mano en un gesto ambiguo.

– ¡Al animal! –ordena, imperioso, Cuniqueo. Sus hombres corren al establo donde relinchan los caballos, aterrorizados por el incendio del fuerte, lo que no altera la rumiante calma de la única vaca que se encuentra en el recinto. Los guerreros montan los caballos y arrean la vaca hacia el bosque. El animal avanza lentamente en medio del fragor de la lucha. De pronto una bala de mosquete perfora su abdomen, desde el que comienza a chorrear la sangre, dejando una huella rojo-negruzca en su camino por la espesura. Finalmente se desploma en medio de los árboles y queda ahí inmóvil, con el cuello estirado, y sus ojos, mansos aún en tránsito hacia la muerte, se tornan turbios y quietos.

Desde la estación del tren el doctor Molina mira con nostalgia la silueta del hospital. Hace un mes que su familia abandonó el pueblo, después que empezaron las amenazas. Ahora le toca partir a él. Una suave llovizna lo despide, la misma que lo recibió hace cuatro años, cuando se hizo cargo de su puesto de director del hospital. Vistiendo sendos ponchos mapuches lo acompañan, en una despedida silenciosa, los hermanos Cuniqueo, sus más fieles colaboradores durante esos años.